

años y sus tareas, son otras tantas prensas para mi corazón de que quisiera librarme á costa de mi propia vida, excusando en usted cuanto sirve de acortar la suya.

El sermón no se me ha pedido para imprimirlo; sí solo para enviarlo á Madrid que lo vea el señor Camarista.

Soy siempre de usted afmo. hijo, q. s. p. b.,

Fr. Diego F. de Cádiz.

NOTAS

Esta carta del Beato ocupa una hoja de papel escrita por ambas caras tan completamente que no ha cabido en ella la firma, la cual sin embargo hemos puesto aquí en la forma acostumbrada por él. Esto nos hace conjeturar que junto con ella escribiría el Beato algún otro papelito que no ha llegado á nuestro poder, expresándole á su Padre el día que salía para Málaga, pues no se concibe que dejara esta vez de hacer lo que siempre hacía, dando á su director cuenta anticipada de sus viajes. Y nos confirma en esta creencia, ver que en la siguiente ya dá á su director por enterado de la salida de Jerez y viaje á Málaga, sin contestar una palabra á la invitación que este le hizo para que fuese á Sevilla: todo lo cual suponemos que iba escrito en otro papel perdido, porque en todas las copias que existen de las cartas del Beato Diego está la presente en la forma que va esta.

†

J. M. J.

Málaga 13 de Septiembre de 1779.

Amadísimo y venerado Padre de mi alma. El Señor nos de su santísima gracia, para que en todo le agrademos, amen.

El día seis pude salir de Jerez, y llegué á esta el 15 por la noche, siendo las detenciones del camino en algunos de los pueblos por donde hice tránsito, el motivo de esta tardanza. En Ronda estuve dos días y medio para descansar y para evacuar algunas cosillas que ocurrieron, como el parto de mi comadre, y Sra. la Condesa de San Rafael etc. Allí vi al P. Fernández que sigue en los términos que V. en su última me decía. En el viaje solo ha ocurrido la conmoción de los pueblos por donde he pasado, motivando esto el trabajo de huir de otros, á costa de alguna incomodidad. Dios sea bendito por todo! La salud de V. me tiene cuidadoso, porque deseo sea la mejor para ocurrir á tanto como le cerca: en la mía no hay especial novedad en contra, y sigo con algún alivio, aunque en el viaje me he cansado no poco, no obstante que algunos ratos montaba en un jumentillo que para esto nos dieron. El agua y el sol han hecho su oficio, según la voluntad de su Criador.

Siguiendo la cuenta que debo dar á V. del resto de mi vida, digo que luego que conseguí me admitiesen la renuncia de la Maestria de estudiantes, me llevaron á Ubrique (donde había sido mi

vocación, como tengo referido.) Allí me apliqué á vivir ocupado en las cosas mecánicas del convento, cual si fuera una corista: en la asistencia á los enfermos advertía frecuentemente notable consuelo interior, porque me proponía era mi redentor el enfermo. El aseo de la casa lo tenía á mi cargo, el despertar á la Comunidad y cuidar de las horas del Coro, como el preparar este y asearlo. Apliquéme al estudio del Moral y de la lección de la Santa Escritura, y algo de mística, pero sin método. Solía gastar siete y ocho horas en el estudio diariamente; me dediqué á la mortificación corporal, ayunando las nueve cuaresmas de mi P. San Francisco en el año: tres cilicios por varias horas del día, casi diaria disciplina, y tal vez hasta salpicar alguna poca de sangre, de las espaldas, donde por algún tiempo las usé; dormía en el suelo ó sobre las tablas desnudas, sirviendo de cabecera la almohada de paja: escuchaba el trato con seglares, y aun con los religiosos, y solo para lo preciso, atento los comunicaba. Entre tanto no olvidaba la predicación, pues desde luego que me dieron la licencia, la ejercité, predicando en la Plaza los domingos y días clásicos por la tarde, con singular aprovechamiento y edificación común, de que ha resultado el que aplicándose varios eclesiásticos al ministerio, se vea hoy el pueblo en una muy notable conducta de vida, y reforma de costumbres; ¡Dios sea bendito!

Aquí me sucedió que estando una noche buena en los Maitines, al tiempo de cantarse en las lecciones, del primer nocturno: *Párvulus natus est nobis, filius datus est nobis*, sentí en mi anterior un gran movimiento de gozo y consuelo, proveniente

del conocimiento de la gran misericordia y bondad del Señor, y de los grandes motivos por la cierta esperanza de nuestra salvación. Híceme yo cargo de mis culpas, y que ellas me hacían indigno de tanto bien, y merecedor de una irreparable pérdida; más me volví con la consideración al Señor, y representándole sus méritos infinitos, en lo que en aquel portal obraba y padecía, decía: Pues y estos méritos infinitos? y de pronto con la mayor viveza, como si me lo hubieran dicho, sentí en mi alma, ó se me fijó esta respuesta, como que nacía del Niño Dios: *Y qué importa? todo esto de nada te servirá, si no fueres otro Yo por imitación.* Quedé aterrado, pero con ardientes deseos de servir á Jesucristo en mis obras interiores y exteriores, y desde entonces crece en mí por horas este deseo, al paso que crece mi relajación y mi olvido en ejecutarlo.

Al ejercicio de la Oración me aplicaba lo menos tres horas en el día, sin lo que gastaba en la preparación y gracias de la misa, que compondría otra hora. En ella era lo común el estar violento, y distraído, sin jugo, sin afectos, ni cosa sensible; me seguía y arrastraba el sueño, la pereza y el horror de las sequedades, más con todo, solía no faltar jamás á ella, aunque con todo esfuerzo para sacudir lo dicho.

Al tercer año me mandaron de improvisó á predicar la cuaresma á Estepona; en esta villa había unos pleitos, y enconos fortísimos y de mucho escándalo entre el cura y el beneficiado, y á su ejemplo todo el pueblo dividido en bandos: contaban ya 15 años ó más de discordia sin haber bastado para reconciliarlos, ni la eficacia del Ilmo. Señor Franquis, que encerrado con los dos en la sacristía y con un Crucifijo en su mano les persuadió la paz,

porque no hicieron caso de sus palabras. Llegué yo con estos informes, y aunque sin prevención alguna de estudio, me entregué todo á disposicion de Dios, trabajando lo que podia para el púlpito. En el sermón de ceniza dije el *adhuc quadraginta dies, etc.*, de Jonás á Ninives, y contrayéndolo, aseguré era de temer fuese este el preciso plazo de este último aviso para aquel pueblo. El viernes de enemigos prediqué un sermón, nada eficaz en su asunto, pero en el acto de contricción hablé con algún afecto al Señor (este es el principio de hacerlo como los acostumbro) y el fruto fué que allí mismo un caballero hermano del Beneficiado se tiró á los piés del P. Cura y allí se abrazaron. Salió por el pueblo y ejecutó otro tanto con todos, de forma, que desde este dia se pacificaron aquellas gentes.

Seguí la predicación confirmándolos en su resolución, mas no lograba la transacción de los pleitos. Conseguí hubiese *Asperges* los domingos, que por dichas indisposiciones no la habia; logré se hablasen, mas el pleito quieto. Pasó la Cuaresma, y el dia segundo de Pascuas amaneció muy nublado, y á poco siguió una horrorosa tormenta de truenos, lluvias, etc., y vieron algunos que la nube que estaba sobre el pueblo se dividió en dos partes, y la una descargó en el mar, y la otra en los montes contiguos, haciendo no pequeño daño en las viñas y haciendas. Conocióse hubiera sido dia amarguísimo para el lugar. si así no lo hubiese Dios favorecido. Con esto cargué á los cabezas de bandos, y resistiéndose el que menos razón llevaba, casi me retiré, y desisti de mi intento; retireme al cuarto, y á poco estando yo pidiendo á Dios con amargura indecible el remedio de estos males, y aun no me acuerdo si llorando, vino recado que subiese á ver-

lo, porque se hallaba bien accidentado; entré y el que media hora antes se habia negado, me tiró los brazos, y hecho una Magdalena me pide mil perdones y se me entrega para la composición, como efectivamente se hizo á gusto de todos. Este caso ha sido muy sonado, y el Sr. Obispo se alegró tanto que dijo deseaba ver al predicador: vine á Málaga á cierto negocio, visité á su Ilma. le referí el suceso, y con lágrimas me dijo el ningún fruto de sus sudores, cuando los exhortó á solas. Aquí se contaron varios pasajes algo notables de sanidades en los enfermos, etc., entre ellos, se propagó que durante la cuaresma se vió salir del mar una fantasma de un etiope que dijo *se irá el barbón y entrará el dragón*, expresión que me han referido los mismos vecinos alguna vez que he pasado por allí. Aquí fundé una congregación de la Divina Pastora, añadiendo algunos capítulos á los que tiene la de la Parroquia de Santa Marina en esa ciudad y se hicieron algunas obras pías útiles para el común de vivos y difuntos.

Desde este tiempo corrió la voz de este vilísimo instrumento de la divina Bondad y empezó el continuo viajar por los lugares de la comarca. La Cuaresma siguiente la tuve en Ubrique: en ella con licencia del Prelado, y asociado de otro religioso, condiscipulo mio, y que sigue el ministerio de las misiones, dispuse convidar á los pobres para darles de comer el domingo de pan y peces, porque había muchas necesidades en ellos: para ello, junté bastante pan y semillas, y dispuesto todo, prediqué el sermón que fué de la limosna, y concluido los cité para el convento. Vinieron no solo los pobres, sino también todo el vecindario, y muchos de los pueblos inmediatos; repartiose lo

prevenido; y en una porción de pan partido noté, por algunos días, que sobre lo que se dió de él el primero, seguía dando los siguientes, y parecía no disminuirse en cosa alguna, hasta que cansados de dar, tiramos á acabarlo, como así sucedió. De este y demás pan se repartió por muchos pueblos para los enfermos, siendo creo remedio para bastantes, y aun sé, que alguno (que aun se guarda por cierto Religioso nuestro) se mantiene incorrupto, habiendo pasado siete ó más años.

Siguiose á esto en el año siguiente la misión de Ceuta, donde entre otros frutos nos dió el Señor el consuelo de que se bautizase un turco y un guineo; y los bullicios, y casos comunes de sanidades por las cedulitas de nuestra Señora. Pasé después á Málaga donde ya había algún rumor, y me instaron hiciese aquí misión; á que respondí la haría si la pedía el Ilmo. ó su Gobernador. Volvíme á Ubrique y fué el aviso para que viniese prontamente á dicho fin.

Me escribió una Señora de aquí que un día se entró por su casa el Señor Provisor y Gobernador diciéndole, ¿para qué lo quería? porque le habían llevado tres recados de su parte: respondió, no había enviado ni uno solo, mas que pues Dios lo disponía así, que el asunto era, me llamase para hacer la misión; y el Señor lo hizo así, y se efectuó con grande conmoción y fruto. Aquí me sucedió el disponer un sermón de Dogmas para la despedida en la Catedral, por consejo de algunos señores Canónigos, dejando para estudiarlo por dos ó tres mañanas el confesonario; hícelo así y fiado yo en mi trabajo, no obstante que aún para él me había Dios cercenado el tiempo, luego que llegó el día, ó la tarde se vió un concurso desme-

dido en la Catedral de toda la ciudad, y de los más de los protestantes: más luego que subí al púlpito, (¡oh Padre de mi alma! que justo es Dios, y como sabe enseñarme que el Señor y no yó ha de ser quien predique!) se me olvidó lo prevenido, puse otro tema, y estuve hora y media perdido, predicando con indecible confusión y caimiento de espíritu. Confesé después á los señores mi miseria, quedé amarguísimo y aun perdí el sueño por dos ó tres noches, hasta que empecé á oír los efectos del sermón en la convicencia de los herejes, de los que parece se redujeron algunos pocos; ¡Dios sea bendito por todo!

Desde esta Misión empecé á hacerme cargo de dirigir algunas criaturas, siendo la primera Madre Zayas, á quien por medios muy raros para ella, parece trajo el Señor á mi cargo para mayor confusión mía.

De aquí pasé á Ronda para tener allí la cuaresma, y en este tiempo fué el tomar por Director al P. Fernández. Por entonces sucedió lo que no sé si he dicho á V. en otra; y fué, que una dirigida de su merced (la que anda ahora juntando su dote en esa ciudad, Agustina del Rosario) me llamó un día, y me dijo había entendido me destinaba el Señor para la reformación del estado eclesiástico, especialmente el secular: oíla con algún espacio, y retirándome á un cuarto apartado, puesto de rodillas y con alguna pusilanimidad dije: *Señor aquí me tienes* para cuanto quieras hacer de mí; pero si es verdad lo que acabo de oír, qué será de mí; tu sabes que soy un ignorante, no tengo letras, ni virtud; si predico á los sabios lo que no sé, y me ponen un argumento, me convencerán, y *no sabré qué responder*; apenas había dicho en mi

interior estas y semejantes espresiones, cuando se ocurrió al pensamiento con bastante fuerza: *Ego dabo vobis os et sapientiam cui non poterunt resistere omnes adversarii vestri*. Dejóme humillado, lleno de confianza, y con el mayor esfuerzo para seguir lo que se me ordenaba, aunque diese la vida en la demanda. Noté asimismo en aquel instante que el *contradicere* que falta en el texto dicho, no se me decía, porque la contradicción la habría, mas nó la resistencia á la divina palabra. Dios sea bendito por tanto como confunde mi miseria.

Volví el verano á Málaga á algunas cosas que quedaron pendientes, y acaeció, que estando una mañana confesando á unas hijas en el Convento de Santa Clara, llovió tan copiosamente y por tanto tiempo que no me dejó salir de allí; empeñáronse en que me quedase á comer en una grada y después de muchas resistencias, últimamente, viendo iba para la una del dia y que seguía el temporal, vine en quedarme; estando ya en la mesa me encargaron con estraña eficacia pidiese á Dios por la salud de una religiosa joven que estaba muy de peligro: era esta una de las que tenían alborotado el convento, y aun la ciudad, con la solicitud de anular su profesión: preguntábanme con tesón impertinente que sería de ella, y de pronto sentí un movimiento en el corazón, que aun me hizo no poder comer lo que tenía delante; volvíme á las que me instaban y les respondí: *Digan ustedes á la enferma, que si hace la que yo le diga, vivirá*. Se alborotaron y me instaron á que me aclarase más, diciendo lo que habia de hacer; respondí: *como haga lo primero que le venga al pensamiento, sanará*; fundado yo en que lo primero sería el conocimiento de su yerro y deseo de

salvarse, enmendándolo; quedose en esto y en que de no hacerlo creia no tuviese remedio, y al otro dia me avisan de pronto que la enferma se ha agravado y me llama. Entré en la clausura, y le dije lo propio con otras cosas sobre su conducta, y me salí con cortas esperanzas de su reducción; en aquel dia á voces anuló cuanto habia hecho y dicho, ratificó su profesión, hizo su desapropio, y otras acciones muy edificativas para la comunidad; se confesó con su antiguo Director, como para morir y después de haberse agravado más, cuando no se creia escapase, logró perfecta salud, y con ella á poco tiempo volvió á lo pasado: esta es aquella cuya carta para que yo declarase en su favor mostré á usted, estando en esa. Quedeme después á vivir aquí y en cinco años ó cerca que llevo, ocurrió la misión de Morón, y en ella el terremoto oportuno, que usted sabe, y la moción extraña de aquellas gentes, como en Osuna. Ya por este tiempo tenia la felicidad de conocer á usted y haberle hablado. Esto es, Padre de mi alma, lo especial que me acuerdo haberme acaecido en estos años.

Y quién no se persuadirá que con tanto beneficio sería yo el más agradecido á mi Dios? Pues no fué así. Después de todo esto, y demás que no alcanzo.

se siguió el tabardillo y la misión en esa, etc. Cuánta amargura me causa esto! Mucho más, porque temo no he logrado después de mi enfermedad, un verdadero dolor de mis pecados! Dios tenga misericordia de mí! Vea usted, Padre de mi alma, si pido con motivo mi conversión.

De los bullicios en los pueblos, y aplausos locos de las criaturas debo dar también cuenta de lo que

en mí obran. Ellos puedo decir me son un despertador continuo: me hace el Señor conocer el que soy, y que lo oculta para que no se pierda el fruto de su palabra; ellos me llaman al interior y me causan los frutos que no sé explicar, me humillan, me esfuerzan y me enfervorizan no poco; ellos me tienen en un continuo miedo y sobresalto, y finalmente creo hacen toda la obra. Pero, ¿y si me engaño en esto? Sé que es mucho más delante de Dios, ante quien lo he examinado para decirlo á usted. El Señor dé á usted la luz que necesita para corregirme y decir lo que debo hacer. La Bisnieta dá á usted sus espresiones, y yo nuevamente mi corazón y mi alma, como que más es de usted que mía. Yo estaré aquí hasta N. P. San Francisco, y después saldré para la misión. Si V. no pudiere responderme antes, no le dé cuidado, espero la bendición de usted y sus santas oraciones y pido á Dios me guarde á usted muchos años en su santo amor y gracia. De usted su más indigno y afectísimo hijo que en Dios le ama y S. P. B.

Fr. Diego José de Cádiz.



NOTAS

Prosiguiendo el relato de su vida, cuenta el santo Fr. Diego su estancia en nuestro convento de Ubrique. Allí se conserva, (después de un siglo) convertida hoy en oratorio, la celda testigo de sus penitencias y cuyas paredes fueron muchas veces salpicadas con la sangre que hacían brotar de sus espaldas los golpes de la disciplina: allí se conserva después de siglo y medio la memoria de sus virtudes y milagros, como se conserva en Estepona el recuerdo de la primera cuaresma que predicó, y como se conserva en Ronda la memoria de su muerte y santa vida

Tambien cuenta aquí el Beato Diego los principios de su apostolado, los favores que á Dios debe, la manera tan suave con que fué preparándole los caminos, y los prodigios, ya velados, ya patentes que obró por su medio y en su favor.

En el sitio de esta carta marcado con los puntos suspensivos, tiene el original un borrón de tinta (como de haberse derramado encima de ella un tintero,) cuya mancha deja algunas palabras totalmente ilegibles, por lo cual las suplimos con dichos puntos, enlazando el sentido de lo que antecede con lo que sigue, para lo cual solo hemos tenido que omitir la palabra *á esto* que se halla en otras copias de esta carta, y en las vidas del Beato que la citan.